muy pálido. Pero su semblante estuvo constantemente risueño; y cuando Pascoul y Margarita se levantaron para marchar, él quiso acompañarles hasta la puerta de la granja. Su mujer le siguió.

De este modo hubo un momento en que los cuatro se encontraron separados de sus convidados.

—;Padre mio! — dijo entónces Pascoul con voz conmovida; —me llevo vuestra hija; yo procuraré hacerla feliz, y si habeis tenido motivos para-quejaros de ella, juro hacerla digna de vos.

Rivarot no contestó; su mujer lloraba.

-¡Padre mio!—prosiguió Pascoul,—¿no bendecireis á vuestros hijos?

Y cogiendo á Margarita por la mano, se puso de rodillas, obligando á su mujer á hacer lo mismo.

Mad. Rivarot miraba á su marido angustiada y suplicante. Su boca no se abrió, pero parecia decir: «Sé clemente, perdona.» Rivarot quedó vencido. Extendió los brazos. Pero, en el momento en que de sus labios iban á salir tal vez palabras de perdon, se le vió tambalearse, llevar la mano á su frente, lanzar un suspiro ahogado y caer desplomado, inerte, con los ojos medio cerrados, desfigurado.

Mad. Rivarot dió un grito terrible. Pascoul se abalanzó hácia él, en tanto que Margarita pedia

socorro.

Acudieron en seguida, le rodearon, pero todos los cuidados fueron inútiles. Una oleada de sangre, agolpándose al cerebro, le habia dejado sin vida.

V.

Dos años habian pasado desde los acontecimientos referidos en los capítulos precedentes. La fisonomía bajo la cual el lector conoce la granja de la Bastida-Nueva no se halia modificado. Reinaba en ella la misma actividad que en otro tiempo. Nada habia cambiado sino los amos.

Muerto Rivarot, su mujer, desesperada, no le habia sobrevivido más que tres meses. Pascoul y Margarita habian dejado entónces su casita de Gordes para venir á ocupar la morada en que Rivarot y su mujer se habian amado. Margarita vivia ahora allí con su marido. Libre, duena absoluta, se habia creado una existencia lujosa y coqueta que, por otra parte, no era un marco demasiado rico para su deslumbradora y soberana belleza.

Moulinet continuaba trabajando en la granja.

Habia querido abandonar el país cuando Pascoul habia ido á establecerse en él. Creia que debia temerlo todo del nuevo amo. Se acordaba de la fatal noche-buena, cuyas dramáticas peripecias conoce el lector. Alimentaba en su corazon aquel desgraciado amor á Margarita, cuya existencia le habia revelado ella tan brutalmente y cuya locura le habia demostrado. Creyó que sería prudente partir.

—Quedaos, le dijo Pascoul.—De lo que pasó no se hablará más entre nosotros. No os tengo ojeriza por haber cumplido con vuestro deber. En cuanto á lo demas, Margarita lo ha olvidado y yo tambien

Moulinet se quedó, decidido á servir á Pascoul con tanta lealtad como habia servido á Rivarot. Cumplió su palabra, y su nuevo amo no tardó en dispensarle toda su confianza.

Tales eran los cambios ocurridos en la Bastida-

Nueva en dos años.

Habia quizás otros, pero eran de una naturaleza más íntima: la continuacion de este relato los hará conocer al lector.

Era en el mes de Setiembre á la caida de la tarde. En el campo, en los dias buenos, no hay hora más deliciosa que esa hora indecisa y crepuscular que precede á la noche. Todo es poesía; todo es misterio. Los prados se cubren de una niebla blanca y trasparente que deja ver los árboles como á traves de un prisma de cristal. Las estrellas, todavía un poco pálidas, comienzan á aparecer; entre la hierba, canta el grillo; en las rocas, en lo alto de los antiguos muros, las aves nocturnas dejan oir sus lastimeros gritos. Los labradores vuelven al hogar entonando alguna cancion. Todo parece decir que la naturaleza y los hombres van á entregarse al descanso.

Tal es el aspecto que ofrecia la quebrada garganta en que está situado Gordes, la tarde de que hablamos. El sol acababa de ponerse detras de las colinas del Lubéron, ese primer estribo de los Alpes. Los criados de la Bastida-Nueva volvian á la granja. En el gran patio, las mulas estaban colocadas en torno del abrevadero; las criadas encerraban en los gallineros á los habitantes del corral; un jóven pastor conducia de la montaña las ovejas y las cabras.

Pascoul estaba sentado en un banco delante de la puerta principal de la grania.

Nadie hubiera podido reconocer, en aquel hombre de tez macilenta, mejillas descarnadas y ojos hundidos, al Pascoul fresco y vigoroso que, dos años ántes, hacía meditar á la Valbray.

¿Salía de alguna larga crísis? No. Ningun médico habia sido llamado á la Bastida-Nueva. ¿Padecia de una de esas enfermedades orgánicas de que la ciencia no puede darse cuenta? No era probable, porque hubiera sido imposible hacer constar en él ninguna lesion de los principales órganos, ninguna alteracion interior. Estaba sencillamente fatigado, enervado, extenuado hasta el último extremo. La sávia que da la vida al cuerpo humano parecia agotada en el suyo. ¿Cómo se habia verificado semejante trasformacion en tan poco tiempo? La naturaleza tiene secretos impenetrables. Quizás habia amado á Margarita con demasiada pasion.

Lo que puede decirse, es que el mal que consumia á Pascoul no carecia de dulzura; le producia

of shape to be there to

una exaltación febril que le hacía dichoso y que al mismo tiempo absorbia su vida. Si hablaba á Margarita de su amor, tan violento como en los primeros dias, se expresaba con una elocuencia infinita. Sus besos, como sus palabras, tenian el ardor del fuego, y parecia complacerse en su fatiga, su malestar y su extenuación, todavía impregnada de queridos recuerdos.

Pero no podia salir nada bueno de aquel amor desordenado, malsano, que no vivia más que de excitaciones, y que habia destruido poco á poco una salud en otro tiempo tan vigorosa. Al cabo de dos años de matrimonio, Pascoul no tenia aún hijos, y á juzgar por su demacracion y decrepitud precoces, debia perderse toda esperanza de que los tuviera.

Cuando él profundizaba estas cosas, á su pesar sentia una impresion muy semejante al terror. Pero las profundizaba poco, porque amaba apasionadamente, y Margarita era el único objeto de sus pensamientos. Su imaginacion, siempre sobreexcitada, se la representaba sin cesar, y si ella no se encontraba á su lado, aún le parecia agradable estar solo, á fin de poder soñar con ella. Esto es lo que hacía aquella tarde, miéntras que, sentado delante de la granja, con la mirada perdida en el horizonte, esperaba á su mujer.

De repente, un individuo apareció á su lado.

Era un jóven que aun no tenía treinta años. De estatura poco elevada, llevaba sobre sus hombros, anchos y dobles, sobre su cuello robusto, una cabeza expresiva, cubierta de cabellos rubios y rizados. Tenía la frente ancha y cuadrada, la nariz vigorosamente dibujada, los labios rojos y gruesos, los ojos redondos y azules, la barba poblada y fuerte. Este conjunto parecia demostrar una gran energía de carácter y una fuerza hercúlea.

Fresco, listo y rozagante, con un cigarro en la boca, se acercó á Pascoul y le tendió la mano, dándole las buenas noches.

> UNIVERSIDAD DE NEGRO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

> > "ALFUNIAU REYES"

" +0 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Ah! sois vos, Furbicio, — respondió con languidez Pascoul, distraido de pronto de sus reflexiones.—¿Qué deseais?

-¿No me habeis hecho llamar, señor Pascoul?-

replicó Furbicio.

—Sí, es verdad; ahora lo recuerdo. Se trata de venderme un par de buenas mulas de labor. Es preciso que os veais con Moulinet, á quien concierne este asunto.

—Veré à Moulinet y procuraré complaceros. Entónces el chalan preguntó à Pascoul por el estado de su salud, con la afabilidad interesada del mercader que trata de agradar à su parroquiano.

-Os encuentro un poco debilitado, le dijo.-En vuestro lugar, consultaria á los médicos.

-Pues yo no me siento débil,-dijo á su vez

Pascoul.—Estoy fuerte.

Y, al ponunciar estas palabras, se levantó y echó á andar, á fin de probar á Furbicio que estaba en el pleno goce de todos sus miembros.

El chalan iba á su lado, hablando del mismo asunto y dándole consejos sobre el régimen que

debia seguir.

Eran cerca de las ocho.

La noche habia cerrado completamente, pero la claridad de la luna permitia ver como en pleno dia.

En aquel momento, una de las ventanas del primer piso de la granja se abrió, y apareció una blanca vision: era Margarita. Una ligera gasa cubria sus brazos y sus hombros, dejando admirar sus delicados contornos. Una toquilla de lana blanca, colocada con coquetería, cubria sus hermosos cabellos. Era imposible imaginarse nada más admirable que aquella criatura. Margarita no tenía entónces más de veinte años. Su belleza se hallaba en todo su esplendor, más completa, más acabada que en la época de su matrimonio. Los ojos parecian más grandes, la tez más reposada; las carnes se habian cubierto de un reflejo dorado, que por la no-

che tenía un brillo incomparable. Más que nunca, Margarita merecia llevar el nombre de la diosa de los amores. Permaneció algunos momentos siguiendo con la mirada á Pascoul y Furbicio que andaban lentamente, volviendo la espalda á la grania. El primero se apoyaba en su baston, arrastrando al parecer con trabajo su enflaquecido cuerpo. El segundo, por el contrario, de buen corte, ancho de hombros, caminaba con paso firme y seguro. Jamás la fuerza y la debilidad personificadas en dos hombres se habian aparecido mejor con todos sus contrastes. Margarita no pudo ménos de advertirlo por su parte, miéntras que una extrana sonrisa cruzó por sus labios. Cuando vió que los dos paseantes iban á volver hácia la granja, abandonó su sitio, cerró la ventana y bajó á reunirse con ellos.

Furbicio iba raras veces á casa de Pascoul. Conocia á Margarita por haberla encontrado en el pueblo, pero nunca habia estado cerca de ella. Puede comprenderse qué impresion sentiria cuando la

vió ade antarse bella, soberbia, elegante.

—Aquí, teneis á mi mujer,—dijo Pascoul, cuyo semblante se animó y cuyo cuerpo pareció enderezarse.

Se adelantó al encuentro de Margarita; Furbicio se detuvo, echó una rápida mirada sobre su traje v se descubrió.

-Es Furbicio, tratante en caballos,-dijo Pas-

coul á su mujer.

El chalan saludó profundamente.

—Si teneis que hablar con mi marido, señor Furbicio, es preciso que ceneis con nosotros.

Ante esta invitación formulada por una voz melodiosa, en la boca de una mujer tan bella, Furbició quedó alucinado, y apénas pudo contestar que sólo tenía que entenderse con Moulinet.

-No importa. Mi mujer ha tenido una buena idea, dijo Pascoul. Cenad con nosotros; vereis

á Moulinet despues.

Furbicio aceptó, y entraron en la granja.

La mesa estaba puesta en un comedor como se ven pocos en los pueblos. El viaje que habia hecho á Marsella con Pascoul, ántes de su casamiento, habia desarrollado en Margarita el gusto del lujo y de la comodidad, y desde que era dueña en la casa, la habitacion de los amos se habia trasformado tan completamente, que la Bastida-Nueva, al ménos en este sentido, no tenía de granja más que el nombre.

Al aspecto de una bonita lámpara, suspendida sobre la mesa cubierta de un blanco mantel y de una hermosa vajilla de plata; á la vista de dos aparadores de madera negra tallada, que estaban en la Bastida-Nueva hacía medio siglo, Furbicio creyó hallarse en un palacio. La exquisita amabilidad de Margarita contribuia á aumentar su ilusion.

-¿Sois casado, señor Furbicio?—le preguntó ella

durante la cena.

—Sí, señora. —¿Teneis hijos?

—Sí, señora, tengo dos.

Fué preciso arrancarle de este modo las palabras. Es que se hallaba agitado de una manera extraña por dos sentimientos muy opuestos. Por una parte, comparaba su mujer, que no era más que una aldeana; su casa, que no era más que una casa de aldeano; su fortuna, que sólo le proporcionaba un mediano pasar, con la fortuna, con la casa, con la mujer de Pascoul.

Ý entónces envidiaba la suerte de aquel hombre. Pero cuando ponia en parangon su vigorosa salud, su buen apetito, su fuerza hercúlea, con la fuerza, el apetito, la salud de Pascoul, comprendia que era ménos digno de lástima, y sus deseos se resumian de este modo:

«¡Tener lo que tengo y tener lo que él tiene!» Durante este tiempo, Margarita le examinaba con atención, y sus ojos se encontraron varias veces. Partió despues de la cena, y Moulinet, que le habia esperado á la puerta del comedor, se ofreció á acompañarle, á fin de poder hablar con él del asunto que le habia llevado á la granja.

—¿Me amas, angel mio?—dijo Pascoul á su mujer cuando estuvieron solos.—Estás triste.

A esta pregunta, que la sorprendió pensando en Furbicio, Margarita miró á su marido.

-¡Si te amo!—le dijo;—¿pues no lo sabes? Se levantó de su sitio y fué á arrodillarse cerca de ella.

—Levántate, Pascoul; alguien puede entrar.

-Entónces, un beso.

-No, aquí no.

—Uno solo, te lo suplico.

Ella le besó con rapidez, febril, impaciente; y como él se admirara de aquella frialdad:

—No quiero que te agites,—le dijo casi colérica y en voz baja, mirándole fijamente.

El se levantó con trabajo.

-¿Por qué me hablas así?—la preguntó tristemente.—Es la primera vez que eso te sucede.

- Te veo tan débil!

-¡Débil yo! qué disparate Si estoy muy fuerte, fuerte como Furbicio, —añadió sonriendo.

-¡Oh! yo creo que exageras,—dijo Margarita contemplándole.

Despues abrió la puerta, llamó á una criada, dió una órden y salió.

Subió á su cuarto, y allí, sola, de pié delante de un espejo que reproducia su imágen, se dijo con frialdad:

-Decididamente, ese Furbicio me gusta.

VI.

Al salir de la granja de la Bastida-Nueva, Furbicio volvió á su casa. Vivia en la aldea de Fontblanche, al otro lado de Gordes

Fontblanche no tiene más que ocho ó diez casas, áun suponiendo que se quiera llamar así la choza habitada por la Valbray, y en la cual hemos introducido ya á nuestros lectores. Una de ellas pertenecia á Furbicio. Habia sido construida en las dependencias de un castillo que los aldeanos quemaron en la época del Terror. Esta casa era de apariencia sombría. Sus gruesas paredes estaban ennegrecidas por el tiempo; sus ventanas eran de tamano desigual: las del piso bajo cuadradas, las del principal en forma de claraboya. Sobre la puerta habia una gran muestra en la que se leian estas palabras: Furbicio, tratante en caballos. Detras de la casa habia una cuadra, y más allá de esta cuadra un gran prado cerrado con tablas, en el que se soltaban las bestias para que paciesen la hierba fresca.

El comercio de Furbicio consistia principalmente en recibir en depósito caballos, mulas, asnos, y en venderlos por cuenta de los dueños, cobrando una comision sobre el precio de la venta. En Apt, en Avignon, en Carpentras, hay mercados varias veces al mes. A estas poblaciones conducia Furbicio sus pupilos, y en ellas tomaba otros nuevos. Escaso de dinero, no podia extender su comercio tanto como hubiera deseado, y uno de sus disgustos era no ser bastante rico para dedicarse á comprar por su propia cuenta.

Sin embargo, sus operaciones, tal como él las hacía, no dejaban de ser lucrativas. Su producto

hubiera bastado para asegurar la suerte de su mujer y sus dos hijos, si hubiera manejado sus negocios con un poco de órden. Pero era jugador; le gustaba beber. Generalmente, los dias de mercado no volvia á su casa por la noche, ó si volvia, era medio borracho y con los bolsillos considerablemente aligerados por las pérdidas que habia tenido jugando con otros chalanes más hábiles ó más afortunados que él.

Su mujer merecia un marido mejor. Era una pequeña criatura, de poca salud, pero llena de corazon, amante, apasionada y bastante bonita. Nunca se la oia quejarse, y sus vecinas decian á menudo:

—Es preciso que Brígida Furbicio tenga una gran paciencia para aguantar á un hombre como ese.

La verdad es que ella le amaba. Sin embargo, en cinco años que llevaban casados, no habia tenido más que motivos de queja. Su pequeña dote estaba consumida. Para alimentarse ella y sus hijos, se veia obligada á coger dinero durante la noche de los bolsillos de su marido, miéntras que él dormia, y á coger muy poco, para que él no advirtiese al dia siguiente aquella sustraccion legítima. Solo á fuerza de órden, de economía, conseguia vestirse con decencia y proporcionar algun bienestar á las dos pequeñas criaturas que habia tenido de aquel miserable. Su juventud se pasaba triste y solitaria. Su belleza desaparecia todos los dias borrada por las lágrimas.

Entretanto, Furbicio iba á las ferias, á los mercados, elegantemente vestido, porque compraba sus trajes y su ropa blanca en Avignon. Llevaba sortijas en los dedos, un alfiler en su corbata. Era el héroe de las fiestas de los pueblos, cortejaba á las muchachas, y no tenia ningun escrúpulo en turbar la paz de las familias.

Brígida no conocia ni la mitad de sus excesos; pero sabía lo bastante para no hacerse ilusiones sobre su triste porvenir. Cruelmente experimentada, se habia acostumbrado á vivir en perpetua alarma. A cada instante esperaba ver caer sobre ella una catástrofe más terrible todavía que todo lo que habia sufrido.

A pesar de los horrores de semejante vida, amaba á Furbicio; le amaba por deber, porque ella habia sido educada cristianamente, él era el fadre de sus hijos y recordaba sin cesar los tres primeros meses de su matrimonio, durante los cuales la habia hecho muy feliz. En el sentimiento que experimentaba habia algo de admiracion. Porque le veia elegante, decidor, aquella ingenua criatura, en quien parecia encarnada una bondad divina, le creia de una naturaleza superior á la suya. Alguna vez, en el momento en que más sufria por sus vicios, se decia que, despues de todo, debia estar orgullosa de pertenecer, áun de léjos, á un hombre tal como él, y que la habia hecho un gran honor yendo á buscarla entre las más humildes muchachas de Gordes.

A la hora en que Furbicio cenaba en la Bastida-Nueva, su mujer le esperaba. Ella sabía que aquel dia no se celebraba ningun mercado en los alrededores y que no habia salido de la comarca. Preparó, pues, la cena con algun cuidado, como para una fiesta. ¡No era para ella una fiesta la presencia de Furbicio?

La hora pasó; le esperó todavía. Despues, renunciando á verle llegar, cenó sola entre sus hijos, subió con ellos, les colocó en sus cunas, y cuando se durmieron volvió á bajar y se puso á coser. Pero sus pensamientos eran tristes; algunas veces tuvo que suspender el trabajo: las lágrimas oscurecian sus ojos.

Por fin, él entró: estaba de buen humor. Ella le sintió venir de lejos cantando. Creia que vendria borracho. Por la primera vez, despues de mucho tiempo, tuvo una agradable sorpresa.

-¿Me has esperado, mujer? -dijo al entrar.

—Sí, amigo mio,—contestó ella olvidando ya sus penas ante la dulzura de su lenguaje.

-He ido á evacuar un asunto á la Bastida-Nueva.

Pascoul me ha hecho quedarme á cenar.

Ella le contempló con una sorpresa mezclada de placer. Habia sido convidado en la granja. Luego apreciaban sus cualidades. Era feliz y orgullosa por él.

—¡Bien pueden,—continuó él,—alabarse de llevar una gran vida! Sin cuidados; una casa donde todo está á medida del deseo; dinero en abundancia.

—Dicen, sin embargo, que Pascoul está muy en-

fermo, - objetó ella.

-¡Bah!-dijo él,-conozco su enfermedad Se cura de ella. Es rico.

—Tambien nosotros podríamos serlo, si tú quisieras, amigo mio. Tú ganas dinero: en tí está el economizar.

Ella esperaba una tormenta, y ya sentia no haber sabido contener una frase tan audaz; pero él se

contentó con reir á carcajadas.

—¿Crees tú que Pascoul economiza? No se priva de nada; su mujer tiene unos trajes que deben costarle caros. Pero es rico, y el dinero llama dinero. Ahí tienes todo el secreto. Es como el agua que va al rio. Todo eso cambiará; todo eso cambiará, añadió aparte, encendiendo un quinqué.

Y sin decir nada más, se fué á acostar. Necesitaba

meditar en los incidentes de la noche.

Al dia siguiente, estaba de pié al nacer el sol, y salió en seguida para dirigirse á la cabaña de la Valbray.

La puerta estaba abierta. La dueña de aquel chiribitil, en cuclillas delante del fuego, vigilaba con cuidado una pequeña vasija llena de café en ebullicion.

Volvió la cabeza y reconoció á Furbicio.

—Llegas á tiempo,—le dijo,—si quieres tomar buen café.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UTANIA

"ALF has he (25"

-No es cosa de negarse, vieja, -respondió.

Y sentándose en una de las dos sillas que amueblaban la única pieza de aquel palacio de la miseria, esperó silbando entre dientes. La Valbray se levantó luégo, tomó dos tazas desportilladas, las llenó de café, colocó una delante de Furbicio, y le dijo:

-Ya tiene azúcar.

Una sonrisa amable le dió las gracias. Bebió el humeante licor, á pequeños sorbos, y despues, dirigiéndose á la Valbray:

-¿No habreis olvidado, anciana,-le dijo,-el

rapto de Margarita Rivarot?

-No por cierto; tú me prestaste ayuda y has guardado fielmente el secreto. Pero tambien recibiste una buena cantidad de dinero. Va á hacer dos años por Navidad que pasaron esos sucesos.

-¿Recordais haberme dicho entónces que la hermosa que acabábamos de robar no era bocado

para mí?

-Sin duda.

-Pues bien, creo que os equivocasteis.

Al oir tan singular declaración, la Valbray lanzó una exclamación de sorpresa, dió dos pasos hácia Furbicio, y cruzando los brazos:

-¿Es verdad lo que dices, parlanchin?
-Pues yo lo creo. Juzgad si no.

Y la contó en sus menores detalles la cena de la víspera, la hizo tocar con el dedo las mil particularidades que su ingenio sutil habia comprendido, y que le probaban que, á primera vista, Margarita se habia ocupado de él.

-¡Pobre Pascoul!-dijo la Valbray meneando la

cabeza.

—No le compadezcais, anciana. Si sucede lo que preveo, le habré hecho un gran servicio, porque se curará y me lo deberá á mí.

—La verdad es que el pobre muchacho se ha estropeado mucho en pocos meses.

—Ahora que conoceis mi secreto, ¿estais dispuesta á servirme?--preguntó Furbicio.

Y como ella no contestára:

—Voy á verme obligado á obrar con prudencia, para no despertar las sospechas del marido. Hasta ahora yo no iba á la granja más que muy raras veces. No quiero que por el pronto me vean allí con frecuencia. Pero, á no dudar, tendré que remitir cartas, mandar recados y recibirlos. ¿Puedo contar con vos? No os pesará.

—Este hombre no duda de nada,—exclamó ella alegremente, engolosinada por la esperanza del lucro.—Forma sus planes como si lo que desea hu-

biera sucedido ya.

-Sucederá, -contestó él.

Despues añadió:

—Ireis hoy á la granja. Creo que Margarita os hablará de mí.

Dicho esto, salió. Habia mercado en Cavaillon y

no queria faltar á el.

A la misma hora, Margarita pensaba en él, con esa exaltacion peculiar á las naturalezas meridionales. La noche habia sido para ella mala consejera. Honra de su nombre, dignidad, marido, nada significaban en su opinion. Estaba decidida á no hacer resistencia al nuevo sentimiento que la dominaba.

La entrada de la Valbray fué una alegría para

ella. Podia hablarla de Furbicio.

—¿Le conoceis?—preguntó despues de haberle nombrado.

—Sí le conozco, yo lo creo, y hace mucho tiempo. Es vecino mio; un hombre muy amable.

-¿Su mujer es bonita?

-Ya empiezan los celos,-pensó la Valbray.

Y en alta voz, contestó:

—¡Bonita! como una aldeana. Comparada con vos, querida mia, es un cardo al lado de una rosa. La certidumbre de ser más hermosa que su rival hizo asomar una sonrisa á los labios de Margarita. En seguida preguntó á la Valbray acerca de las costumbres de Furbicio. Esta la hizo un halagüeño retrato del chalan. La jóven bebia sus palabras con delicia. Despues tuvo un movimiento de cólera, y la Valbray la oyó exclamar:

-¡Ah! ¿por qué estoy casada?

- Teneis por qué que jaros de Pascoul?

-No; ¿pero puedo regocijarme de estar unida á un sér débil?

—Pues cuando os casasteis con él era un hombre hermoso.

-¡Hermoso! sí, como una muchacha.

Estas últimas palabras fueron dichas con una amargura que la Valbray comprendió perfectamente. Conocia el corazon de Murgarita. Habia tenido sus confidencias de soltera; ahora recibia sus confidencias de casada. Las primeras explicaban las segundas. Lo escuchó todo hasta el fin, y tuvo la habilidad de no revelar que Furbicio habia estado en su casa por la mañana. Pero al marcharse, sabía que este último no habia exagerado nada.

-Estoy á vuestra disposicion, querida; pero, por

Dios, sed prudente.

Esta recomendacion la hizo con engañador acento, y partió colmada por Margarita de toda clase de regalos.

—Si sé manejarme,—se dijo,—mi vida de hoy en adelante no me costará ya nada y será mejor. Estos dos locos me darán cuanto necesite

En cuanto se retiró la Valbray, Margarita salió á dar un paseo por el campo. Tenía necesidad de movimiento y de aire. Además, estaba libre. Pascoul no se hallaba en la grania.

En lugar de dirigirse hácia Gordes, volvió la espalda al pueblo, no queriendo encontrar á nadie que pudiera dirigirla la palabra. Bien pronto se encontró en el camino de Cavaillon. Eran cerca de las cinco. El dia habia sido muy caluroso. Relámpa-

gos cada vez más frecuentes y el ruido sordo del trueno anunciaban la proximidad de una tempestad. Margarita no veía nada, no oía nada. Caminaba por los solitarios campos entregada por completo á sus culpables pensamientos. Rápidas imágenes pasaban por delante de sus ojos, y sus dilatadas narices parecian aspirar un aire cargado de perfumes voluptuosos y penetrantes.

De repente empezaron á caer gruesas gotas de lluvia, que vinieron á distraerla de sus reflexiones. Quiso volverse atras. Pero habia recorrido un gran trecho, y ántes de llegar á la granja no habia ningun sitio donde guarecerse. Entónces abrió una

pequeña sombrilla y apretó el paso.

Pronto descubrió una guarida. En el punto donde se encontraba, el camino está encajonado entre dos rocas elevadas. Estrecha en su base, ancha en su vértice, una de aquellas rocas avanzaba atrevidamente sobre el camino, como el arco de un puente que hubiera sido cortado por el medio y del que una mitad solamente hubiera quedado en pié. Bajo aquella vasta seta de piedra fué donde corrió á refugiarse. Habia allí una especie de nicho; se acurrucó en él, estrechamente envuelta en su vestido, y miró cómo caía la lluvia. A la sazon caía con violencia, azotada furiosamente por el viento, iluminada por rápidos relámpagos. El trueno sonaba encima de las rocas con estallidos formidables que el eco repercutia largo rato. En medio de todos aquellos ruidos, Margarita creyó oir el galope de un caballo y el rodar de un carruaje. Escuchó con más atencion, y reconoció que no se habia equivocado. El carruaje se acercaba cada vez más; algunos minutos despues se detuvo bajo la roca.

Metida en su encontrado abrigo, no atreviéndose á sacar la cabeza, Margarita no podia ver al conductor. Este último tampoco la vió á ella. Creyéndose solo, saltó con rapidez á tierra, renegando del tiempo, tomó en su carruaje una manta y la echó sobre su caballo, cubierto de sudor y de lluvia.

Entónces Margarita dió un paso fuera de su guarida para tratar de reconocer á su nuevo companero. Fué en vano; estaba al otro lado de su caballo y oculto detras de él. Pero lo que la llamó la atencion, fué que aquel birlocho, montado sobre dos ruedas, cubierto con una capota forrada de indiana, no la era desconocido. En efecto, en seguida recordó que en aquel coche habia recorrido el trayecto de Gordes á Avignon la noche en que Pascoul la habia robado de la Bastida-Nueva. ¿Sería este recuerdo el que hizo latir su corazon? No; pero sabía que aquel carruaje pertenecia á Furbicio.

-¡Cielos!-pensó-;si fuera él!

En aquel momento el hombre dió un paso, y pudo

ver su semblante: era Furbicio.

Por su parte, él acababa de divisar á Margarita, y repuesto de su primera sorpresa, se adelantó hácia ella:

-¿Vos aquí, señora,-la dijo, -y con un tiempo

semejante?

Ella le contestó que la tempestad habia interrumpido su paseo y que habia tenido que refugiarse bajo la roca.

—A fe mia,—exclamó él,—es una felicidad para mí haber sido sorprendido de la misma manera.

Ella no se atrevió á decirle que tambien para ella era una felicidad.

—Es preciso salir de ese agujero,—continuó.— Subid al carruaje. Allí estareis con toda comodidad.

Ella sonrió y contestó con dulzura:

—Teneis razon; estaré mejor. Él la ofreció la mano, fascinado por su belleza, por el metal de su voz, por la delicadeza de su cútis, por el perfume que exhalaba, y la ayudó á colocarse sobre los almohadones del birlocho, sin olvidarse de echar una manta sobre sus rodillas. Despues se quedó de pié en el camino, silencioso, apoyado contra el caballo y ocupado en contemplarla, miéntras que ella miraba á otro lado. Sus corazones latian con violencia.

Entretanto, la lluvia aumentaba. Margarita lo

advirtió, y volviéndose á Furbicio:

—Os estais mojando, señor Furbicio,—le dijo.—Queda un asiento en el carruaje. Ocupadle.

Al mismo tiempo recogia su vestido. El vacilaba.

-Subid, pues, -le dijo.-Yo lo quiero.

El obedeció en silencio y tomó asiento al lado de Margarita, cuyos ojos estaban lánguidos y húmedos.

Estaban sentados juntos, arrimados el uno al otro, en aquel estrecho carruaje, en un camino, sin

temor á las miradas indiscretas.

Margarita esperaba que Furbicio la hablara, que revelara las disposiciones de su alma. Ella queria ser amada de aquel hombre, que encontraba hermoso, y con quien habia soñado desde la víspera. Entónces comprendia la diferencia que existia entre el sentimiento que habia experimentado por Pascoul y el que la inspiraba Furbicio. El primero habia sufrido su encanto y obedecido á sus seducciones. En Furbicio, por el contrario, veia un dueño, ante el cual se sentia dispuesta á ser humilde y amable.

Hubiera deseado expresarle todo esto, pero no se

atrevia.

Furbicio no estaba ménos conmovido que Margarita. ¿Cómo aquel hombre de treinta años, de pasiones fuertes, de sangre ardiente, de cerebro quemado por el sol de su país, habia de permanecer insensible junto á aquel cuerpo jóven, robusto, divinamente hermoso, que sentia palpitar bajo sus ojos?

--¿Sabeis,—dijo por fin despues de haber hecho un esfuerzo,—que el carruaje en que estamos en este momento es el que os llevó á Avignon hace

dos años con vuestro marido?

-Creia haberle reconocido, -dijo ella.

-Debeis tenerle cariño

-Le tengo cariño, en efecto; pero no por el re-

cuerdo que traeis á la memoria.

Ella dijo estas palabras sin inmutarse, y Furbicio leyó claramente en sus ojos estas otras, que no pronunció: «Le tengo carino porque estoy en él con vos.»

—¿Le tendriais tambien cariño—replicó él con calor, animado por las miradas de Margarita—si diera con el látigo á este caballo y os llevara lejos

de aquí?

Sus ojos despedian fuego, su robusto pecho se agitaba con violencia. Se apareció espléndido á Margarita.

Ella se dejó caer sobre él.

El la cogió en sus brazos, palpitante y vencida.

-¡Ah! ¡querido mio!-murmuró ella.

En aquel momento el sol atravesaba las aligeradas nubes.

La tempestad habia cesado.

## VII.

-¿Cómo volvernos á ver?

Esta fué la pregunta que Furbicio y Margarita se habian hecho al separarse.

Desde el dia siguiente, cada uno por su parte

trabajó para resolverla.

En apariencia, nada más sencillo; en realidad, nada más difícil. Por una parte, las visitas de Furbicio á la Bastida-Nueva no podian ser muy frecuentes á no estar justificadas. Importaba, ante todo, no despertar las sospechas de Pascoul. Por otra parte, le era imposible á Margarita ir á casa de Furbicio, que estaba casado. Quedaba la casa

de la Valbray, siempre dispuesta para esta clase de citas; pero la distancia de la Bastida-Nueva á Fontblanche es larga, sobre todo para una mujer. ¿Cómo iba á explicar Margarita á Pascoul sus frecuentes viajes?

La belleza de Margarita era tambien un obstáculo á correrías de esta especie. Para ir á Fontblanche es necesario atravesar Gordes. Ahora bien: la mujer de Pascoul era de aquellas que llaman la atencion. Cuando pasaba por el pueblo, se lo decian. Los aldeanos se volvian para admirarla. En las puertas, en las ventanas, los curiosos aparecian. ¡Era tan distinguida, tan notable en todos sentidos!

Una inteligente complicidad venció estos obstáculos. Por de pronto, Furbicio encontró mil causas para dar largas al asunto que tenía pendiente con el propietario de la Bastida-Nueva. De aquí los pretextos para presentarse en la granja.

Margarita, por su parte, trabajaba activamente. Vió al médico de Gordes, le hizo presente el estado de salud de su marido. Pascoul, á instancias de su mujer, tuvo con el doctor una larga entrevista, cuyo resultado fué separarle de la habitación que ocupaba con Margarita desde el principio de su matrimonio.

Libre por este lado, la jóven no temió dar una cita á Furbicio durante la noche, en aquella habitacion que debia haber sido sagrada para ella. La ventana por la cual habia salido, dos años ántes, para huir con Pascoul, se abrió una noche para Furbicio. Este se marchó una hora ántes de amanecer, impregnado todavía de los besos de su querida.

Desde entónces, el uno y el otro obraron bajo la

presion de un extremado delirio.

La primera cita fué seguida de otras semejantes. Con ese descaro que en otro tiempo habia indignado á su pad-e, Margarita prodigaba á Pascoul los cuidados más tiernos y afectuosos. Por la noche, le